



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LXI. De lo que sucedió á don Quijote en la entrada de BARcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LXI.

De lo que sucedió á don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.



TRES dias y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quien, y otras esperaban sin saber á quien. Dormian en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces (1), aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasa-

ba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estaba, porque los muchos bandos, que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso y nose osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos ó le habian de matar, ó entregar á la justicia; vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de S. Juan en la noche, y abrazando Roque á don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque, quedóse don Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el son de las muchas chirimias y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que el de una rodela por el mas bajo horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no

(2) *Arcabuces* eran unas armas de fuego como las escopetas del dia: pero que se las disparaba aplicándoles una mecha encendida: á diferencia de los *pedreñales*, que eran como arcabuces pequeños ó trabucos, cuyas llaves daban fuego por sí, y se disparaban sin necesidad de mecha. Era arma propia de los forjidos.— Arr.

visto: parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes (1), que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimias, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artilleria, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artilleria gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondian los cañones de cruja de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artilleria, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movian.

En esto llegaron corriendo con grita, lililies y algazara los de las libreas, adonde don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo



en alta voz á don Quijote: bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballeria andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Ben-Engeli, flor de los historiadores. No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de don Quijote, el cual volviéndose á Sancho, dijo: estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragones recien impresa. Volvió otra vez el caballero que habló

(1) *Flámulas* eran un especie de gallardetes muy cortos y anchos que se ponian en los topos ó penoles de las vergas; estaban cortadas á manera de llamas, es decir, de cortes ó lados serpenteados, y equivalian á lo que hoy decimos marítimamente *corneta de una lengua*. — M^r DEL ROMERO.

á don Quijote, y dijole: vuesa merced, señor don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que don Quijote respondió: si cortesias engendran cortesias, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimias y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieron los que guiaban á don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

